

EL CAMPESINO RUSO Y SOVIÉTICO DE STOLYPIN A STALIN

PRIMERA DE DOS PARTES

Este artículo es la segunda parte de un texto de 80 cuartillas, "El campesino en la historia rusa". De la primera parte, traducción de un artículo publicado en 1933 por el bolchevique francés Pierre Pascal, cuando rompió con el gobierno soviético, son los párrafos iniciales de lo que aquí publicamos y que aparece en letra cursiva. En las páginas siguientes, Jean Meyer muestra cómo la revolución

de 1917 significó para los campesinos rusos una larga crisis que, agravada entre 1918 y 1921 por el "comunismo de guerra" —incautaciones, racionamiento, burocratismo, estado de sitio—, traería consigo la hambruna, la muerte de 5 millones de personas y la vuelta a unas condiciones de vida que la reforma agraria zarista había dejado atrás desde fines del siglo XIX

EN LOS AÑOS finales del siglo XIX y los primeros del XX el campesino ruso —el mujik— estaba pagando el alto costo de la modernización y, legítimamente, se impacientaba: "En las provincias de Poltava y de Jarkov estallaron graves conflictos con saqueo de 50 haciendas y protestas contra las autoridades, incluido el zar (becho inusitado). El gobernador Obolenski respondió con brutales ejecuciones, arrasó pueblos, estableció penas de azotes e impuestos a inocentes y culpables, indignando a la opinión y haciéndose él mismo víctima de un atentado que provocó indirectamente el asesinato de Pleve, ministro del Interior. Así la cuestión campesina, que alimentaba la agitación subversiva, preparó y anunció la explosión de 1905. Los campesinos empezaron a darse cuenta de que los "socialistas - revolucionarios" los defendían y los atraían con el señuelo del reparto agrario, esta vez sin indemnización alguna para los hacendados. En febrero de 1905, surgió en Kurks una oleada de levantamientos campesinos que se extendió a todo el Imperio; se apoderaban del trigo y del ganado de los grandes propietarios, incendiaron cerca de 2,000 casas, se apropiaron de terrenos y se los repartieron. La represión aumentó su ira y, al fundarse la Unión Campesina, ésta reunió rápidamente a delegados de veinte provincias. Los campesinos deseaban sólo una cosa: completar la "libertad" de 1861 por medio de la ocupación de todas las tierras, sin pagar nada; no les interesaba la política propiamente dicha. Pero su movimiento, que en octubre acompañaba al de las ciudades, pareció por un momento tan temible que muchos nobles perdieron la cabeza. Uno de ellos —llamado Trepov— se hubiera sentido feliz de dar la mitad de sus bienes para poder conservar la otra mitad.

LA REFORMA AGRARIA

En ese momento, el gobierno de Stolypin propone otra solución a la crisis agraria. En agosto de 1906, el Banco Hipotecario recibe más de tres millones de hectáreas de tierras de la Corona para venderlas a los campesinos más necesitados con un descuento de 20%. El 6 de octubre los campesinos pueden entrar a las oficinas administrativas y a las escuelas de todo tipo en las mismas condiciones que el resto de la población; desaparece la responsabilidad colectiva del pago de impuestos; tienen derecho a establecerse donde quieran. El 9 de noviembre, un edicto del zar estipula que todo jefe de familia puede exigir en cualquier momento que su parte de las tierras comunales se convierta en propiedad privada; una quinta parte de los miembros de la comuna puede exigir que sus parcelas se agrupen en una sola; el derecho de propiedad ya no se atribuye a la familia sino, a título personal, a su jefe, quien puede disponer de su lote con toda libertad. Como corolario, un decreto del zar del 15 de noviembre permite hipotecar las tierras campesinas. Era una revolución: el acceso a la propiedad privada y la asimilación de los campesinos al resto de la población. Se esperaba lograr así la mejoría de los métodos de cultivo y el remedio a la carestía; los excedentes de población dejarían libremente el campo para ir a las ciudades; los campesinos restantes se convertirían en pequeños propietarios que enriquecerían al Estado al enriquecerse ellos mismos, constituyendo así un sólido apoyo del régimen. El objetivo del decreto del 9 de noviembre se acentuó aun más cuando la tercera Duma (asamblea) lo convirtió en ley, el 14 de junio de 1910: en las comunidades donde no había habido redistribución general de

tierra desde hacía 24 años, todas las tierras se convertían obligatoriamente en propiedad privada de los jefes de familia. Finalmente, en 1911 una ley favoreció la concentración parcelaria de todas las tierras.

La ejecución de estas nuevas medidas comienza en 1907. Las autoridades obligan por todos los medios a los campesinos a salir de la comuna; los agrimensores invaden el país para delimitar las nuevas granjas individuales; los inconformes son exiliados por vía administrativa y sus quejas son desechadas. El gobierno tiene sus favoritos, que son los campesinos separados de la comuna, así como sus desheredados, o sea todos los demás. En general, la institución de la propiedad privada divide rápidamente a los poblados: por una parte, los que pueden conservar su tierra y hasta extenderla mediante compras o arrendamientos; por la otra, los que, una vez fuera de la comuna, venden o hipotecan su parcela. Los primeros se convierten en "kulaki", pequeños propietarios, empresarios, "capitalistas" que emplean jornaleros, compran maquinaria, alimentan mercados; los segundos aumentan el proletariado agrícola o industrial, además de proporcionar el principal contingente de emigrantes rumbo a América, Siberia o Asia central: cerca de 750,000 en 1908 y otro tanto en 1909, y alrededor de 300,000 en los años siguientes. Entre ambos grupos está el resto de campesinos que cuida su tierra, pero cae en mayor o menor grado bajo la dependencia del primero. Todos, sin embargo, sacan provecho de la mejora general.

La reforma agraria zarista logró algo, indudablemente; la hambruna, permanente a fines del siglo XIX, parecía definitivamente desterrada en 1914. Las campañas se encaminaban, por fin, hacia el progreso y el bienestar; las propiedades de los nobles eran la mitad que en 1861; la propiedad campesina cubría 170 millones de hectáreas, contra 72 de la nobleza y de la burguesía —aparte de las posesiones de la Corona y de la familia imperial, compuestas esencialmente de bosque—. Como arrendatarios, los campesinos trabajaban otros 27 millones de hectáreas, o sea que, según estadísticas de 1916, tenían el 90% de las tierras de labor y el 95% de todo el ganado (situación en nada comparable a la del agro mexicano en 1910). La estadística de los disturbios agrarios confirma esa evolución, ya que pasan de 2,000 por año en 1907-1909, a 647 en 1913. La cuestión agraria parecía resolverse, como en otros países, por el aumento de los rendimientos.

Cultivos como los de papa, remolacha, linaza, girasol, tabaco, húpulo, y la ganadería lechera, empezaron a ser redituables con el desarrollo de la industria y el crecimiento de las ciudades. En 1914, la industria rusa trabajaba en un 67% en la transformación de productos agrícolas. Los campesinos vendían el 90% de su producción de remolacha y de lino, el 100% de su tabaco. Entre 1905 y 1913 los cultivos intensivos aumentaron según tasas de 26.6% (papas y remolachas) a 79.3% (pastos). El resultado fue el aumento de la productividad de cereales y la reducción del desempleo en el campo. De esa manera, el desarrollo de las relaciones mercantiles entre ciu-

dad y campo permitió la intensificación agrícola y un principio de solución a la crisis agraria.

Por fin, después de mucho tiempo, la libertad prometida en 1861 parecía al alcance de la mano. Con todo, la guerra civil y la revolución cancelaron la esperanza de igualdad civil total para el campesinado. El nuevo orden que llegó al poder en 1917 también hizo promesas de libertad, aunque en la realidad surgieron mundos sin relación con la utopía prometida por sus líderes. En vez de ello, "los insultos, las bajezas, las órdenes arrogantes y la obediencia servil", que fueran durante muchos siglos la suerte del campesinado ruso, se convirtieron de nuevo en su destino.

LA GUERRA

La guerra mundial provocó tensiones en el mercado de los granos, parecidas a las que vendrían en 1925-1929. La prioridad otorgada a las industrias bélicas, la consecuente desaparición de productos para la agricultura, la variación errática de los precios convencieron a los campesinos de que era mejor esperar, producir menos y acumular existencias. A los campesinos no les fue mal hasta 1917. Ciertamente, millones de jóvenes fueron a la guerra y muchos murieron; en dos años se requirió el 6% de los caballos y el 8% de las reses; desaparecieron del mercado maquinaria, abonos, y hasta cerillos. Pero los campesinos se alimentaban mejor y los campesinos pobres o los de las provincias industriales, obligados a comprar trigo, la pasaron bien gracias al aumento de los salarios. El campo compró desmedidamente productos que antes eran de lujo: azúcar, té, harina de trigo. Nunca hubo tanto dinero en los pueblos y aumentaron las cuentas de ahorro. La economía campesina se consolidó durante la guerra mientras se aceleraba el declive de la gran propiedad. Hay que insistir en que en 1916 el 90% de los granos era producido por los campesinos.

Mientras tanto, las ciudades padecían escasez, y la revolución de febrero de 1917 en Petrogrado arrancó con crisis panadera. A fines de 1916, el gobierno zarista y en 1917 el gobierno provisional trataron de lograr que los campesinos aumentaran sus entregas. Se habló mucho, se gritó, se pateó, pero a nadie se le ocurrió mandar a la tropa para robar los granos. Sin embargo, entre los agrónomos, los del departamento de estadísticas y los economistas, empezó a pensarse que podía existir conexión entre una reorganización agraria y el problema alimentario y que la solución podría ser la organización de los campesinos en cooperativas. Nada pasó en aquel entonces; los campesinos hicieron su propia reforma agraria, apoderándose de lo que quedaba de los latifundios; las ciudades empezaron a pasar hambre y los ejércitos hambrientos a desintegrarse. Tal era la situación que encontraron los bolcheviques en octubre de 1917. Nadie quiso ver en aquel momento que si los granos escaseaban no se debía a la incapacidad productiva del campesino, sino a su falta de motivación para producir más que lo suyo. Ese retroceso en la cantidad y en la calidad de la producción (desaparición

de los cultivos intensivos) se debía a la desaparición del intercambio de bienes entre agricultura e industria.

EL COMUNISMO DE GUERRA O LA REQUISITA (PRODRAZVIOSTKA), 1918 - 1921

Al llegar al poder, Lenin encontró ciudades y provincias importadoras de granos con seria escasez de pan, y unos diez millones de hombres armados, desprovistos por igual de mando y de abastecimiento. Encontró al mismo tiempo abundancia de alimentos en las zonas tradicionalmente productoras. Pocos meses después, decidió mandar columnas armadas de ciudadanos que pasaban hambre a saquear los pueblos cereales, sin dejar de hablar de cooperación entre obreros y campesinos. Al parecer la medida no era descabellada, pero no hizo más que acelerar la caída de la agricultura. No sólo no repuntaron los cultivos intensivos comercializables, sino que se redujeron las extensiones sembradas en granos; además, cualitativamente, el trigo desapareció y el centeno tradicional, símbolo del autoconsumo, absorbió toda la atención de los campesinos. En 1920, la parte comercializable de la producción agrícola representaba el 10% de la de 1913! En los graneros del sur y del sureste la caída se hizo sentir tanto más cuanto que en 1913 los campesinos comercializaban el 75% de su producción cerealera.

Aquí se encuentra la explicación de la crisis alimentaria, aquí y de ninguna manera en el arcaísmo y la pulverización del minifundio o en la avaricia y el sabotaje de los "kulaki."

A partir de 1914 la guerra había inhibido esa tendencia; la guerra civil entre rojos y blancos, pero más que todo la política de requisita del comunismo de guerra, la llevaron a ese catastrófico extremo. Este es un testimonio de Víctor Serge:*

Como la especulación desorganizaba unos ferrocarriles exhaustos, las autoridades prohibieron el transporte de víveres por los particulares, colocaron en las estaciones destacamentos especiales que confiscaban sin piedad el saco de harina del ama de casa, mandaron rodear los mercados por la milicia que, disparando al aire, se entregaba a confiscaciones en medio de los gritos y los llantos. Destacamentos especiales y milicia se volvieron odiosos. La palabra "comisariocracia" empezó a circular. Los viejos creyentes anunciaban el fin del mundo y el reino del Anticristo.

El invierno infligía a la población de las ciudades un verdadero suplicio. Ni calefacción ni alumbrado, y el hambre hostigando. Niños y ancianos débiles morían por millares. El tifus, transmitido por los piojos, hacía sombríos cortes. Todo esto lo he visto y vivido largamente.

Para mantener el abastecimiento cooperativo, surtiendo en primer lugar a un proletariado amargado y desolado, al ejército, a la flota, a los cuadros del partido, se enviaban a los campos lejanos destacamentos de incautación que los mujiks expulsaban a menudo a golpes de hor-

quilla y que a veces exterminaban. Campesinos feroces abrían el vientre al comisario, lo llenaban de trigo y lo dejaban al borde de la carretera para que la gente escarmantara. Tal fue el fin de un camarada mío, obrero impresor, en los alrededores de Dno, a donde fui más tarde a explicar a una aldea desesperada que la culpa era del bloque imperialista. Era verdad, pero los campesinos exigían sin embargo con razón el fin de las incautaciones, la legalización de los intercambios.

El "comunismo de guerra" podía definirse así: 1°. incautaciones en los campos; 2°. racionamiento implacable de la población de las ciudades, dividida por categorías; 3°. "socialización" completa de la producción y del trabajo; 4°. reparto burocrático extremadamente complicado de las últimas existencias de artículos manufacturados; 5°. monopolio del poder con tendencia al partido único y a la asfixia de toda disidencia; 6°. estado de sitio y Cheka. Este sistema lo había sancionado el IX Congreso del Partido Comunista en marzo-abril de 1920. Nadie se aventuraba a reconocer que no era viable; el partido ignoraba que Trotski había propuesto la supresión de las incautaciones al Comité Central en febrero anterior (1920). El historiador marxista Rozhkov escribió a Lenin que nos encaminábamos hacia una catástrofe y que era necesario un cambio inmediato en las relaciones económicas con los campos. El Comité Central hizo que le asignaran Pskov como lugar de residencia obligatoria y Lenin le contestó que no tenía ninguna intención de entrar en la vía de las capitulaciones ante la contrarrevolución rural.

Que esa política fuese más destructora que la misma guerra civil, lo reconoció nada menos que Kalinin:

Las regiones más afectadas por la guerra civil conocieron un descenso inferior al sufrido por las regiones en las cuales la guerra terminó antes y pasaron más tiempo bajo control soviético. En Ucrania, con todo y una guerra civil especialmente cruenta que duró hasta 1921, el área cosechada en 1921 era el 96% de la de 1916. En Siberia, otra región con guerra civil larga, alcanzó el 98.2%. Pero en la zona cerealera exportadora de la Rusia europea, que siempre quedó ocupada por el gobierno soviético, no llegó ni al 75% (...). Así que en las regiones bajo completo control soviético, el área cosechada disminuyó más que en las regiones en las cuales la guerra civil se prolongó. El desorden creado por la guerra civil afectó menos la labor agrícola que la estricta política comunista del período del comunismo de guerra.

Bien lo decía un delegado campesino en el VII Congreso de los Soviets, en diciembre de 1919: "Si se les da mercancía a los campesinos, no hay necesidad de mandar comunistas a recoger granos". Pero ¿quién le hizo caso? La requisita y la prohibición del comercio privado destruyeron el sistema provisional de intercambio de bienes y servicios entre provincias del norte y del sur, desarrollado entre 1914 y 1918. La requisita

* *Memorias de un revolucionario*, ed. cast. p. 139.

ciega se llevó las semillas, se llevó las pasturas; dejó al campesino con una capacidad de trabajo muy reducida y destruyó la capacidad de reproducción biológica de los pueblos. Los campesinos empezaron a morir de hambre y de epidemias. En 1920 - 1921, en la mayor de todas las requisas, el Estado pudo juntar 5,600,000 toneladas de granos, pero había confiscado las reservas indispensables. Cuando en la primavera de 1921 la sequía azotó las provincias del Este y del Volga, el gobierno había creado una situación semejante a la que precedió a la hambruna de 1891 (un millón de muertos). Las grandes ciudades no habían sido mejor abastecidas desde 1917 y de 5 a 10 millones de campesinos murieron de hambre. El "granero" ruso se encontró tan debilitado que la cosecha de 1921 apenas representó el 40% de una cosecha media en 1909 - 1913. El gobierno no sabía o no quiso saber que, en esas regiones siempre sometidas a amplias variaciones climáticas, es necesario tener reservas para uno y a veces dos años. Requisó cereales que constituían la base de la producción campesina y apenas alcanzaban a mantener con vida la familia y la granja.

Desde la primavera de 1921 se podía prever la hambruna por la sequía que echaba a perder las siembras de trigo. En julio, a la hora de la cosecha, el desastre era obvio. En las provincias más bonancibles, en el granero ucraniano y ruso, los bledos y las hierbas estaban tatemados, aniquilados: 30 millones de personas afectadas en 20 provincias, la cuarta parte de la gente del campo.

La situación era tal que las autoridades no pudieron disimular más tiempo; esperaron aún hasta julio para anunciar la formación de un comité de ayuda a los hambrientos. Echaron la culpa a la sequía, callando su política que había transformado una escasez natural en calamidad nacional. La sequía y la escasez siempre han sido conocidas en Rusia, y los campesinos se curaban en salud haciendo acopio de granos y manteniendo en existencia reservas, trojes comunales. Desde 1918, las autoridades, de manera sistemática, habían saqueado ("incautado", "nacionalizado", "socializado") el campo para mantener a las ciudades y, en especial, a los burgueses bolcheviques: ejército, policía, políticos y sus familias. "Quien haya conservado para la venta alimentos monopolizados —entre ellos el trigo— pagará con diez años de presidio", reza el decreto firmado por Lenin el 22 de julio de 1918.

Expediciones armadas saquearon, pues, a los pueblos desde fines de 1918, para aplicar el decreto; cuando los campesinos no se dejaban, mandaban contra ellos la tropa, más tropa, un ejército, ejércitos, porque fue necesario mandar un verdadero ejército cuando en 1921 se levantó la provincia de Tambov; 35,000 soldados y 10,000 jinetes, y no hubieran podido con los campesinos de no llegar la hambruna, que se encargó de quebrarles el espinazo a la gente del campo. El resultado de la guerra que llevaba la revolución contra su gente se vio en las estadísticas oficiales: *Pravda* del 2 de julio de 1921 anunció una disminución de las siembras en una cuarta parte.

Hay que ser estúpido o malvado para sorprenderse de que el saqueo y la guerra hayan conducido a tales consecuencias.

Si la hambruna mató a más de 5 millones de personas y provocó casos reconocidos de canibalismo, la causa manifiesta fue la política del Estado, inspirada por el absurdo odio marxista contra el campesino. Este odio criminal lo encontramos hoy en día actuando de la misma manera y con las mismas consecuencias en Etiopía. El Estado soviético en 1921, como el Estado etíope hoy, era totalmente incapaz de remediar la hambruna. Ayer, como hoy, el único recurso era pedir ayuda al extranjero. Pero, ¿cómo, si el extranjero era el villano capitalista y burgués? ¿Qué vergüenza! Además, ¿cómo vencer a estos malvados de que regalaban alimentos cuyo destino no controlarían y que bien podrían no llegar nunca a los verdaderos necesitados, como de hecho ocurrió?

Cuando empezaron a morir por decenas de miles sus compatriotas, algunos decidieron hacer lo que el Estado soviético no quería o no podía hacer: pedir ayuda al extranjero. Lenin se negó a recibir a la delegación de economistas y de militantes de asociaciones tipo Cruz Roja. Fueron a hablar con el escritor Gorki, quien convenció a Kamenev, el menos cerrado de los bolcheviques, de que esa gente podía servir hasta al Estado; Lenin, molesto, explotó: "¡jojo! usaremos los nombres, las firmas de esa gentuza, y nada más". Así nació el comité de ayuda a los hambrientos, un comité capaz de inspirar confianza al mundo, representante de lo mejor de la sociedad rusa activa y liberal.

El Comité pidió al patriarca Tikhón, cabeza de la iglesia ortodoxa, que solicitara el auxilio de las iglesias romanas y protestantes. En agosto, varias asociaciones internacionales y norteamericanas ofrecieron su colaboración, y las iglesias también. Las condiciones impuestas por los norteamericanos molestaron a Lenin y Trotski, pero las aceptaron; para recibir su ayuda tuvieron que conceder a la organización yanqui la libertad de actuar dentro del país. No tardaron en desahogarse contra el Comité Ruso de Ayuda que había logrado la colaboración internacional. Una semana después de firmar el tratado con los norteamericanos, Lenin mandó arrestar a la gente del Comité. La prensa soltó la noticia unas semanas después, al tiempo que desató una campaña de insultos contra esos "renegados y vendepatrias".

La misión del Vaticano entregó el dinero que había juntado (los mexicanos también dieron) y empezó a repartir alimentos en las provincias: fue rápidamente expulsada. Lo importante es que la ayuda internacional pudo salvar a varios millones de hombres de una muerte espantosa. Sus éxitos no disminuyen para nada la responsabilidad de los dirigentes soviéticos en el desastre. Además manifestaron, en esa ocasión, una mezquindad rabiosa que no deja de sorprender; después de mandar a la cárcel "estúpidos reaccionarios" del Comité de Ayuda, después de recibir el trigo gringo y el dinero católico romano, denunciaron al "imperialismo de Wall Street" y a su alianza con la "clerigalla internacional". Quien pagó el pato fue la iglesia ortodoxa rusa.

En la primavera de 1922, Lenin utilizó la hambruna contra la Iglesia. Fue un pretexto ya que desde antes se había tomado la decisión de hacerle una guerra sin cuartel.

Mientras, la hambruna había matado, exclusivamente en el campo, a 5 millones de personas.

LA NEP

Entre la espada de la rebelión roja de Kronstadt y la pared de los levantamientos campesinos, Lenin tomó una decisión repentina y radical: abolió las requisas forzadas, otorgó libertad a los campesinos para vender sus excedentes, después de pagar al Estado un impuesto en especie o en dinero; dio libertad para arrendar tierra, para emplear asalariados, para crear empresas. Así nació la NEP, tregua entre las ciudades y el campo que Lenin quiso transformar en alianza, después de haber sido uno de los más firmes incautadores. Vio claro: "Hoy los campesinos se están muriendo de hambre, mañana, nosotros". Unos años después, al recordar ese tiempo trágico, en su último discurso durante el IV Congreso de la Internacional comunista exclamó: "Fue la primera y, espero, la última vez en la historia de la Rusia Soviética que nos enfrentamos con la gran masa de los campesinos, no consciente, sino empujada por su instinto, por su mentalidad". Y poco antes de morir apuntó: "Sólo un loco puede pensar en la fuerza para tratar con los campesinos; un sólo camino, la persuasión". Pensaba que la NEP duraría 20 años o más, una o dos generaciones... El autócrata había aprendido mucho con el problema alimentario. La NEP fue la hija de tal problema. Lenin renunció, con cierto pesar, a las ilusiones del comunismo de guerra.

En 1921 dijo:

Hay que empezar con el campesinado (...) Lo más urgente es tomar medidas para reconstruir enseguida las fuerzas productivas de la economía campesina (...) Aumentar, cueste lo que cueste, el rendimiento de la agricultura. Ese aumento provocará la recuperación de nuestra industria.

El campo respiró. Año tras año, los sembrados de trigo aumentaron, la ganadería empezó a reconstituirse, las pequeñas industrias rurales se reanimaron, en tanto que las ciudades, aprovisionadas de manera más normal, volvían a encontrar artículos manufacturados. Los intercambios sólo eran obstaculizados por la enorme diferencia entre los precios de los productos industriales y los precios agrícolas: también así se robaba al campesino. El progreso de los cultivos se veía frenado por las modificaciones anuales de impuestos cada vez más pesados. En 1927 la superficie sembrada seguía siendo más de 10% inferior a la de 1914 y las cosechas tenían un déficit de más de 25% para una población que había aumentado más de 10%. A pesar de todo, el campo se recuperaba y tomaba conciencia de su papel primordial en el país. El campesino seguía siendo la única categoría de la población independiente del Estado, tanto económica como moralmente.

Tal situación no podía continuar. A partir de 1925, con gran cantidad de estadísticas, los doctrinarios que eran partidarios de un cambio de política exigieron el abandono de la NEP.

Pierre Pascal, que vivía en la URSS en la víspera de ese criminal desastre, escribía en Moscú:

Dicen los bolcheviques que socialmente la comuna es conservadora, antirrevolucionaria y fácilmente dominada por los terratenientes. No obstante, Stolypin consideraba a la comuna como un foco revolucionario que había que destruir, como un factor igualitario que impedía la formación de una burguesía rural. No obstante, en 1917-1918, las comunas llevaron a cabo espontáneamente la repartición de las grandes propiedades y de las granjas pertenecientes a esa nueva burguesía rural. Y aún hoy la organización comunal actúa a favor de la nivelación: 1º. por la repartición igualitaria de las tierras cultivadas y de los prados, fenómeno de una gran importancia; 2º. por la enorme superioridad numérica de los campesinos medianos o pobres durante las reuniones públicas; 3º. por sus fuertes tradiciones de solidaridad y de ética comunal. El trágico dilema que actualmente se plantea a los dirigentes del Partido Comunista, y que ha provocado parcialmente la escisión en dos fracciones enemigas, consiste en lo siguiente: gobernar a favor del campesino pobre es, primero que nada, prácticamente casi imposible en las circunstancias imperantes y, en caso de lograrlo, equivaldría a crear dificultades insuperables para la compra de cereales tanto para consumo interno como para la exportación y a parar en seco todo progreso agronómico, en una palabra, a dejar en ruinas a la economía rural y a todo el país; de ahí el "¡Enriqueceos!" de Bujarin. Sí, pero permitir tal enriquecimiento, no combatir contra el campesino rico, progresivo, consciente, mancillado con el nombre de kulak, no abrumado con impuestos y requerimientos, equivale a tolerar la formación de una formidable burguesía rural que hará que se desvíe cada vez más la revolución "proletaria": de ahí la "guerra contra el kulak" de Trotski. Dicho dilema no tiene solución mediante las recetas de una u otra fracción. El gobierno soviético acaba de probar sucesivamente ambos métodos y no ha logrado más que desorganizar la agricultura y crear una formidable crisis.

La comuna sola, dejada en libertad, aunque asesorada, estimulada y abastecida, llevaría la economía a un alto grado de prosperidad y permitiría un enriquecimiento colectivo que jamás crearía un abismo entre sus miembros. Esa comuna, en presencia no ya de un Estado parásito que se las arregla para despojarla del fruto de su trabajo, sino de una clase obrera organizada en sindicatos y verdaderas cooperativas que cambiarían equitativamente productos manufacturados por productos agrícolas, ya no tendría razón alguna para desear el regreso de un régimen burgués.

De hecho, los soviets rurales eran incapaces de controlar los campos en tanto que la comuna seguía siendo una poderosa autoridad más o menos independiente. Políticamente eso era inadmisibile y la razón profunda de la colectivización es absolutamente política.



Armando Salas Portugal